

Neville, el dandi jondo

La editorial Rey Lear recupera en un breviario los artículos que el autor dedicó al flamenco y a su mundo

LUIS ALEMANY

MADRID. «Hay un texto de los años 30 de Neville sobre Antonio Mairena que perfectamente podría haberse empleado en los 60 o en los 70 para defender a Camarón, o para defender ahora a Morante o a Poveda... Son argumentos modernos sobre la ortodoxia, totalmente actuales». Lo cuenta el periodista José María Goicoechea, encargado de reeditar dentro del sello Rey Lear un viejo volumen perdido de Neville. *Flamenco y cante jondo*.

El libro es apenas un breviario, una recopilación de artículos publicados por el escritor, cineasta y dandi madrileño sobre el arte jondo que, leídos en conjunto, tienen algo de manifiesto. «Para juzgar a un cantaor nunca quiero verlo como intérprete en un estilo, de un cante determinado, sino como la proyección de sí mismo, de un hombre que al decir su *siguiriya* se exprime como una naranja», escribe Neville.

Por tanto, ¿era el escritor -tan señorito, tan tarambana- un rigorista moral en lo que se refiere al flamenco? «A Neville, como le ha ocurrido siempre a la aristocracia española, le encantaba esa ambigüedad calculada, le encantaba ser muy señorito y, al mismo tiempo, reivindicar lo auténticamente popular. Lo que no soportaba era la clase media a la que tenía por mediocre», explica Goicoechea.

Neville, de hecho, nació al flamenco muy teatralmente un día de 1922. Por entonces, el autor era un estudiante perezoso de la Universidad de Murcia que ya se codeaba con Manuel de Falla y Federico García Lorca. Animado por sus amigos, Neville se acercó a Granada, donde se celebraba un concurso promovido por Falla. Justo en ese momento en el que «el cante estaba a punto de desaparecer», según explica el propio autor.

Neville lo narra en las páginas de *Flamenco y cante jondo*. «Lor-

ca [...] me habló del famoso concurso, me animó a que fuera a presentarlo y me aconsejó que trasladara mi matrícula a Granada y durante el concurso nos hicieramos amigos de los catedráticos, que eso siempre cuenta».

Ante sus ojos habría de pasar «la pléyade más extravagante de cantaores, desde la gitanilla *granaina* sosa, hasta los fandanguilleros más cursis, dispuestos a salir de *smoking* a la primera ocasión. Y, naturalmente, algunos tipos fenomenales».

A partir de ahí, Neville desarrolló un entusiasmo a la vez frívolo y sincero por el arte jondo. «Él siempre se manejó bien en eso de ver las cosas desde fuera, con cierto desapego, aunque después las disfrutara sinceramente, sin imposturas. Seguramente, eso es lo que le permitió ir a ver a los Beatles cuando vinieron a España con sesenta y tantos años y ser capaz de enterlos», recuerda Goicoechea.